

I

«J'AURAIS PU ÊTRE attaché à la colonne près de la tienne, face à face, sous tes yeux, répondant à tes cris par mes soupirs; et nos douleurs se seraient confondues, nos âmes se seraient mêlées...». Cierro el libro de Flaubert que Silvia me trajo en un abril ilimitado y me hundo en la noche como quien penetra el sueño. Entro en un bar a desquitarme de la vida, del desde siempre, del para siempre. Un tipo cualquiera me invita a una partida de billar y no me niego. Tal vez pertenezco por entero a estas circunstancias: una cerveza, un cigarrillo arrugado, gente abyecta y desorientada, seres que se difuminan en su nada, como yo mismo, una suave y lenta embriaguez que aletarga en su abrazo el dolor y la ausencia, entregándome a la serenidad de ver sus movimientos en mi espíritu y asombrarme de mi adaptabilidad a estos juegos del destino. Me enamora la sordidez de estos sitios y la manera en que yo, sórdido y menesteroso a mi modo, me asomo a sus rincones, maravillado del mundo

que me llama con voz engrisecida. Salgo del saloncito del billar y me voy al patio húmedo aún de la lluvia de la mañana. Un olor a tierra mojada, a árboles fríos, a lluvia permanente se me alborota dentro. ¿Cómo no pensar ahora en esa niña rara y hermosa, cuando no soy más que una sombra errabunda? Respiro sensitivo estos espacios. Me entretengo en solitarias cuentas y deberes. Asumo la bilocación de mi espíritu. Por un lado, una sensación inefable de felicidad y en el otro zopenco sentido, la soledad me hace trizas. Permito que la verdad se asome como un juego de instancias perdidas, de silencios y desigualdades que no permanecen, que no significan. ¿Vive? ¿Es aún aquello que me es necesario? Tal vez no. Una secuencia de labios y muertes recorre y soporta las numerosas negaciones y angustias. Vive. Sí. Muere. También. Abajo, la corteza de hombres y estrellas y radios y bolas y sustos que no me entretienen, que tampoco me asustan, mañas del positivo escape. Rueda. Se estremece, tiembla y se agudiza. Nos muele en sí. Es. La noche es en mí un símbolo de la eternidad porque en ella la noción de sentidos nace del juramento de los por siempre condenados a su abismo. Recuerdo. Recuerdo. Recuerdo y vuelvo a recordar. Me esfumo, me esfumo y vuelvo a aparecer. Me interrogo y me reitero. Me afirmo y me niego. ¿Me hago el enigma? ¿Me encierro en el misterio del amor? Me asomo por la ventana y mi miseria se distrae en los movimientos de las bolas y los tacos y los hombres y las sombras y el humo y la espuma y mis propias manos y mi propio ondular entre la vida y el desinterés. La pienso. Comienzo definiéndola. Voy atrás, muy atrás. Una rueda vertiginosa y estremece-doramente doliente. Un segmentado y polícromo retrato de la nada que me absorbe. Un rostro que ocupa los espacios antes máscaras. Un rostro hermoso que desdibuja la cotidiana causalidad, lo ordinario. Unas manos largas, finas y nerviosas que se asoman a una interioridad misteriosa

y a ratos profana. Rompe la sacralidad, llega por las tardes envuelta en palabras desfrecuentadas, me abrumba y me somete a su incendio. Necesito escribirla y se me esconde, necesito percibirla y se vuelve la totalidad de sentidos. Existe en mí como un nombre antiguo que intervenga de manera misteriosa en los sueños, o resuene en viejos lugares. Intento definirla con burdas herramientas que no alcanzan a interpretarla. Está ahí. Frente a mí en palabras y gestos y sesgadas realidades que atrapo en la leve oquedad que son mis noches.

VUELVO A LA TARDE EN QUE SU MIRADA
TRAJO A MÍ LOS ASOMBROS DEL AMOR

Esa tarde salí con la ansiedad preparada, como buscando una razón o una excusa para regresar a aniquilarme entre páginas una y otra y otra y otra vez. Tenía una pequeña herida en el dedo, me molestaba al sujetar el lápiz. Decidí aturdirme un rato entre la gente, vagar sin rumbo bajo este sol que a otros les resulta un castigo, pero que para mí es el más fiel amigo, quien perennemente me ayuda a recobrar me ciudadano de estas calles, que de otro modo sentiría tan ajenas como el resto de mi vida. Siempre me acompaña la sensación de que todo es prestado, de que usufructo la existencia noble y útil de alguien más y la convierto en un monstruoso ejercicio de irresponsable nadería. Ya no recuerdo desde cuándo veo al mundo así. Sintiendo que cada

bondad que recibo pertenece a alguna otra sombra como yo, que arrinconada hoy por el azar, vendrá a un día desquitarse y a ajustarme las cuentas. Desplazarme de este mundo que sueño mío, pero que en realidad es una vana ilusión de multitudes. Llegué a la biblioteca después de sudar una hora en las calles del centro. Arriba, el polvo le ganaba la partida a las aseadoras, que a su vez se la ganaban a los adormilados libros. Miré con sorna a la chica de literatura. Hace tiempo Johnny le escribió un cuento a ella, a otra en sus funciones, a todas tal vez. Rebusqué durante horas algo que me reconciliase con la idea de permanecer en este camino, buscándole sentido a una vida que en realidad no me es más cercana o real que cualquier otra. No me pertenece esta vida, como tampoco me pertenecen estas palabras. Acaso, como tampoco nos hemos pertenecido jamás. ¿Para qué cuento con tan exagerados detalles toda mi ansiedad? ¿Intento definir una ansiedad semejante en ti que lees este intento de desolación? No creo, esta ansiedad personal es difícil de transmitir porque no es asimilable al aire, como el pesimismo de cada mañana, o al asombro cotidiano ante lo absurdo de un mundo ajeno, entregado por entero a la idea de no servir, de echarse a perder continuamente en la ilusión de desencontrar su pasado dolor, su inmediata miseria. Al regresar a la casa, sus cartas me aguardaban en la entrada, en el piso como folletos de los Testigos de Jehová o facturas del destino. Me senté a leerlas. Como lo hago ahora, en este bar. Porque siempre sus cartas van conmigo. Son mi talismán y mi secreto. Mi encantamiento ante los males pesarosos de la resaca, mi escudo invulnerable contra el hastío, negación de soledad. Perfección. Absoluto goce y perfección que me hace comprender que hasta hoy he vivido soñando, alternando una existencia entre el desdén de Dios y el desafuero de los avernos. Tanto descreer aniquila mis pasos, la intolerancia necesaria a cada decisión. Perju-

ro en su lectura un ignífugo esplendor que atesora todos los agravios y todas las mistificaciones injustificadas con que he escarnecido mis sueños. Tras tenerte texto en mis manos no puedo ni debo permitirme otra noche ingrata. Ebrio de certitud, intento acercarme del modo menos perjudicial al límite interno de tu entresueño, duermemevela peligrosa que propicia cobardes huidas, pero me asegura, uno que otro amanecer, el agradecimiento, el mínimo ruego. Defino la búsqueda apenas iniciada con temblores, me aproximo a esa sencilla fragilidad envuelto en las habituales dudas: ¿a quién preguntar el número de sus calvarios?, ¿revisaré mis miradas en una otredad indefinida e inaccesible?, ¿es posible morir de distancias? En la precisión de los fríos semblantes que describe, en la condensación permanente y agujarrada del absurdo que somos, sonrío. Soy una incierta esperanza que acecha las palabras desde cualquier rincón. Asomo mi espina sin zaherir en exceso. Me enternezco en la delicada fragmentación de las horas. Comienzo este texto definitivo con un abrazo al fuego de los ardientes brazos que nunca han adquirido el color de los adioses. ¿Acaso estoy seguro de lo que hago? Nunca creí alcanzar ese calor en una mirada. Siempre anhelé otra ocasión para decir todo aquello que una mañana se hizo indistinguible de la nada. Pero Nunca y Siempre son palabras tan certeras y terribles que no puedo usarlas sin contaminarme de ellas.

Trato a lo sumo de desordenarme consecuentemente. Simulo que es la intención al escribirme. Aparento no temer perder el sentido original, y en el fondo, sólo hago otra ilusión de otra lectura común de otra escritura azarosamente común. Ahora no actúo voluntariamente: tinta soy [...] palabras. Han pasado los años y el destello inocente de esta verdad me ilumina el rostro. Los reflejos de cada amanecer sugieren posibilidades que el día, plumizo y atrozmente caluroso, irá negando una a una, hasta inundarme

de nuevo, hasta ahogarme de nuevo en una noche ineludible. Empiezo de nuevo a dibujar la pasmosa calma de los años, reinventando su tristeza, ajustándola en palabras. Amontono esmeradas frases, con nuevos, diferentes orígenes. Intuyo los ya lejanos triunfos, los nombres, los hechos ausentes, y en esa ausencia sueño encuentros, fragmentos de conversación, mentiras y silencios. Sueño, y como sé que sólo son sueños, mis manos tiemblan, asiendo vacíos, blancos folios que son mis transparentes amaneceres, mis irrevocables pasados, tenues fantasías. Una vida indefinidamente escrita y reescrita, el palimpsesto de mi gloria secreta, mi nombradía. Dejo atrás muchas costumbres para dedicarme a mejorarlo todo: la realidad, el estilo, la manera y oportunidad de leer los diarios, de cantar determinada canción, luchar, reír o perder los estribos, la cábala de los días y años pasados o por venir, tu recuerdo clavado en infinitas sombras, un inofensivo fetichismo por la ropa azul, los malos pasos que siempre me son atribuidos en secreto o a voz en cuello, mis sentimientos hacia ti o hacia ninguna, mis malas palabras y mi falta de fe, el quehacer y el oficio. Los anteriores ensayos sólo fueron ejercicios de estilística para acceder al cabo de estos años, a algo que interpreto como mi esperado consuelo. Hoy debo confesar (a duras penas) que la entrada en escena de numerosos factores imprevistos me ha impulsado enormemente en mi deconstrucción. Aun así, comprendo que el resultado no debería verse finalmente afectado por razones de esta u otra índole. Se hace inevitable aquí justificar algunas incongruencias de estilo o linealidad que a lo largo del texto se han evidenciado en la brusca solución de continuidad de anécdotas o ideas, o la innecesaria, caótica disgregación del aparente fondo. En cada oportunidad que el texto sobreviene como un alud sensitivo y jadeante, una expresividad arrebatadora (no exenta de un sentimentalismo irrelevante que es evidente en muchos de

mis textos anteriores) me distrae de mi objetivo primordial. Sin embargo, parece que algo se va escapando. Se mantiene latente en cada frase el acechante deseo de iniciar algo que sin estar nombrado en ningún lugar, se convierte en obsesión en la mente de quien reconstruye el mensaje. Estuve tentado al principio de acelerar el progresivo deterioro lingüístico en el texto, hasta lograr una semejanza inicua y atroz. Mostré algunos borradores a Manuel, quien sólo acertó a señalar la persistencia de un *leit-motiv* sutilmente elaborado como epifanía central en torno a un signo, una aparente idea central: una historia consistente con la caótica aleatoriedad de los sueños, que mantiene sin embargo, un concepto delimitado de su proceso discursivo. En fin... Las primeras veces, comenzaba una que otra página con encabezados misteriosos, casi obscenos en su complejidad. Asumía indefectiblemente que mi barroquismo era un símbolo de las muchas vistas y posiciones que era posible darle al texto o la idea. En otros casos, era la idea la que, extremadamente barroca y absurda, era tratada con desdén en un lenguaje llano e insulso. Es el caso de los siguientes párrafos, extraídos de un intento de fusión de recuerdos y objetivación de escenarios afectivos, en los que encontrarán ambas formas expresivas usadas como elementos oximorónicos, acentuando la impresión patológica hacia el personaje:

Tres mil cuatrocientos sesenta y dos pasos. Durante meses conté como entretenimiento habitual los tres mil y tantos pasos que había de mi casa al museo, y el promedio de esas interminables y casi místicas cuentas era tres mil cuatrocientos sesenta y dos pasos. ¿Cómo podía explicar a otros esta extraña costumbre? ¿No eran acaso los signos de una locura en ciernes, de una psicosis espacial que daba un raro sentido a la traslación física? Sentía que no hacerlo era dejar que un hecho perceptible, un involuntario símbolo

de estos días se perdiese irremisiblemente a causa de mi negligente actitud hacia la vida y sus circunstancias. La principal de las cuales, obviamente, eras tú y todo lo que implicabas. Ir al museo era sólo una de las formas de ir hacia ti. Las otras fueron surgiendo como simples consecuencias de nuestras propias decisiones, de nuestros errores y «enmiendas a la casualidad» como tanto le gustaba a Laia definir los cambios a que nos fuerzan las sorpresas, empujones y tropiezos de cada día.

Uno de los recuerdos más definidos y precisos que guardo de esos días —de esos últimos gloriosos días— se remonta a una tarde en la pequeña biblioteca. Conversábamos sobre nuestros raros destinos y nuestros aún más extraños futuros, cuyas nebulosas formas no éramos capaces de delimitar o aprehender con satisfactoria coherencia.

— ¿Te vas a quedar en San Carlos?

— Eso supongo, no sé si podré irme algún día de aquí.

— ¿Estás muy apegado a todo esto, verdad?

— Sí, a veces creo que demasiado.

— Yo no sé, quizás algún día me vaya, tal vez antes de lo que pienso. ¿Tú no?

— No creo. Se me dificulta mucho pensar en ello, pensar en cosas concretas. Pienso que mi futuro es tan abstracto como el resto de mi vida, un permanente y vago discurrir sobre las mismas cosas. Es lo que me hace pensar que no me voy a ir de San Carlos.

— ¿Por qué?

— No sé.

— Mira, yo creo que, para todos, la vida es confusa, pero siempre hay algo claro, algo que uno ve ahí como de uno, como que uno pertenece ahí de alguna forma.

— ¿En qué crees que puedo pertenecer? ¿Pertenezco a eso que ves, estoy ahí?

— No preguntes eso. Uno no puede saber eso, no puede verlo así nada más.

— Pero dijiste...

—Me refería acaso a uno mismo como un ente algo... abstracto, como tú mismo dijiste.

—Oh.

Recuerdo. Atrozmente recuerdo cada frase que no dije. Que me guardé hasta el dolor. Pero la verdad este recordar funciona mejor cuando escribo o cuando leo que en aquellos momentos en que conscientemente busco sus frágiles destellos. Cuando apenas empezaba *Hastío*, supuse que colocaría suficientemente de ella en los textos como para que cualquiera pudiese notarla y definirla, pero a la larga difuminé tanto su rostro que llegó a parecerse a cada mujer, o cada símbolo que me habitaba hasta entonces. Era muy ingenuo mi intento, quizás ahora podría hacerlo mejor, pero ya su recuerdo se ha ido esfumando, perdiéndose y sé que no sería capaz de tocar su tenue fibra con el pulso exacto. Será necesario sacarme esa idea de la mente. Es duro escribir sobre recuerdos que ya no se tienen con fidelidad y que no generan esa ambigua irritación en la mirada que tantas palabras evitó y que tanta tinta hizo fluir hace unos años.

Me asombra la forma en que el miedo derrota mis frases cortas y las aguza en sentidos que prefiguran mandatos u obligaciones. Sigo. Sigo anotando absolutamente todo lo que acontece o transcurre. Lo que me es ajeno, y a la vez, dibuja los contornos de mi propio territorio, ese complejo vademécum gaseoso-transpirado-licuefacto que siendo ajeno me delimita. Empiezo a revisar el texto desde la primera página. Simulo que todo lo dicho es un ejercicio de vanidad que perfectamente encaja con una actitud que ahora deploro, pero que en esos años significó la única máscara posible en un baile cuyos invitados me eran tan extraños como yo mismo. Comienzo a percibir un raro orden en todo esto, un orden que no era el que originalmente había pretendido pe-

ro que ha ido sustituyendo los inocentes, furtivos tanteos en busca de palabras y sensaciones. Un orden que claramente se ajusta a mi ajena inquietud, a mi permanente extrañeza. Como esta mañana. Salgo a la calle. Día de pago. El banco se atraganta de sedientos que como yo, reconocen su destino tardío en la barra o la mesa sucia y húmeda de algún bar melancólico y solitario. Beber al mediodía. Sentarse a ver cómo otros piden almuerzos o hacen planes para una tarde que en mí ya es una sentencia de embriaguez que irá fluyendo poco a poco y trataré de hacer concordar con el nuevo orden que resuena en mi interior. ¿Qué no es ése Juan Carlos? Sí. Buen compañero de tragos. Cobrando hoy. No es tan malo venir al banco en quincenas. Podría hablarle, sacarle unas palabras, comprometerle. Guiarle sutilmente a la barra y transformar el orden. ¿Luchar contra el orden? No, ajustarlo a mis necesidades o en todo caso no sojuzgar completamente la intención primigenia a esta nueva situación. Pelear y revolcarme mientras nos adaptamos. ¿Quiénes? ¡Ja!, mis palabras y yo. Siempre somos nosotros. Ellas me rodean. Yo sólo observo en silencio sus murmurantes cotilleos.

BANCO DE VENEZUELA, 15 DE DICIEMBRE, 1999

- ¿Qué más Juan Carlos, cómo va la cosa?
- Aquí, haciendo la cola.
- Caray, un mal necesario.

—Sí. La otra quincena estaba más vacío, pero nada, hoy llegué muy tarde. Anoche conversé unas cervezas con Johnny. Por cierto, ¿no lo has visto?

—No, hace días que no lo veo. A veces se pierde.

—Me dijo que hoy iba a pasar por tu trabajo.

—Debe estar durmiendo todavía. ¿Hasta qué hora bebieron?

—Como hasta las tres.

—Ah, sí, la otra noche me hizo dar una caminata... ¿Y adónde vas después de aquí? (Miro la cola, aún le faltan cuatro personas, yo ya tengo el dinero).

—Pues, con ese sol seguro no llego muy lejos (risas).

—Vamos a tomarnos unas ahí donde Macapo.

—Ah, ahí se bebe bien. Puede ser, déjame que salga de esta cola.

—Tranquilo, yo voy a comprar una revista ahí al frente y te espero en la esquina. No me gusta mucho este gentío.

—Está bien, nos vemos ahorita.

—Va.

Luego salir. Esperar. Ah, llegó PCWorld, ya la veo. Cada mes repiten más tonterías. Mejor ni la compro. Vamos a ver. Hola. Mira nada más. Actrices mexicanas. ¿Se parecerá un día a alguna? Seguro que no, es muy natural. ¿Qué hay, qué tienes por ahí? No, ya no compro La Recherche, puros refritos desde que la sacan en Colombia... Bueno, al fin viene Juan Carlos. Carajo. Con su gorrita, como el día que lo conocí en la biblioteca, cuando ganó el premio. Raro el tipo, buena gente. A veces uno fantasea un poco con esa actitud de escritor, de qué sé yo... Alguna vez debo haber actuado así. No recuerdo. Seguramente. Hay noches de las que no recuerdo mucho al día siguiente. Noches como la que sobreviene hoy, ajenas, rodeándome y cercándome. La sensación de que el mundo le da forma a mis sueños y sin razones. La sensación de que no soy más que otro extraño

en estas calles ardientes y reseca. Calles ardientes. Otro refrito y de los peores. ¿Qué coño nuevo orden? Siempre es la misma vaina.

II

A LA LIBACIÓN DESORDENADA sobreviene un sueño recurrente: un lento y terrible laberinto de besos que abrasa la piel, los labios. Agudas risas, silencios entrecortados. En el alcohol convenimos en los términos adecuados un cese de recuerdos que sin embargo azotan un mundo, un cese de futuros que se agitan bajo el lecho. Te veo bajar lentamente un pie de la cama, veo tu pierna, tu blanquísima pierna oscilando con ternura que se refleja en tu rostro, multiplicado en cada beso por virtud de una visión difusa. Reescribes la textura amorfa que soy, esta sombra, estos temores que soy. Cierro los libros (porque estoy en medio de libros abiertos, cuyas páginas se abarrotan de tu nombre) y en mí se queda su palabrería, un galimatías del cual no puede sacarse nada en concreto salvo la impresión de ser testigo de un ceremonia sobrehumana, una letanía que se agota en hechos y circunstancias, llena de retrasos y acechanzas. ¡Oh! El año de mi nacimiento, una embriaguez inocente, un beso perdido tras unos muros de ladrillo que ya no existen, el sueño de las agujas y los espejos y sobre ellos, sobre todos ellos, tu voz, la primera vez que tu voz y todas las veces que tu voz. Empo-

tramiento de maullidos y gotas de sudor pulimentando la piel, espeso jadeo de humo horadándome. El nombre, los nombres, el rostro, los rostros más allá del cristal y los cables y las palabras y las distancias y los mares y las soledades y las concretas esperanzas y las abstractas realidades. Animal, soy ahora un animal con instintos y olores ajenos y extraños, con elegantes movimientos en la jaula que me hago. Me veo recorrer la jaula que son las calles del barrio donde nació. Calles vacías que impregnan mis pasos de este algo que pretende, que se encuentra siendo literatura de sueños, estereotipos surreales y arcaicos, eso son las paredes. Páginas borradas y rescritas. Palimpsestos. Entonces no me habitaba —pero se percibe igual— este nombre. Traspí. Es el momento en que tus ojos interrogan la razón de mi silencio y tus preguntas comienzan a fluir inocentes y descontroladas, sin sentido ni intención, en una esquina cuyos pasos me fueron contados. ¿Qué haré sin ti? ¿Podrás afrontarlo? ¿Por qué no me besas y callas? ¿Cuántas veces has de soñarme? ¿Me amas, Eduardo? Para entonces era abril y en abril suele lloverme el espíritu. Una canción me borra de tus brazos y me entrega a un nuevo escape: «...Como un loco perdido en la lluvia, mi amor, descalzo... ¡Oh! nada máspreciado para mí». Un millón de recuerdos falsos y engañosos —porque todo pasado es irreal hasta en los sueños—. Me veo repetitivo, inconsecuente, furtivo y acelerado, abierto en palabras y heridas que besas y recorres. Cerrado en opciones y respuestas que entretejes y disfrizas. Algo se fragua en mí, aparece como las imágenes fugaces, giratorias, repentinas de los delirantes. Hurgo en mis bolsillos con la certitud de una hermosa recaída y sólo encuentro la llave que me abre las puertas de tu habitación. Invento las respuestas con la agilidad de un loco y me interno de nuevo en tu beso y tu cuerpo pálido que me aguarda en un lecho transmutado en roca, en orilla del mundo donde me

reencuentro y me reconstruyo. Descubro en tu voz de niña a la mujer que perpetrará el juego inocente del amor. En tu milagro de risa, en tus ojos pequeños, el anhelo último de esta rara peregrinación, de esta persecución de palabras que lleva tus pasos cortitos y tu prisa. Luego nos perdemos en ese sencillo universo de la pasión y las palabras se van haciendo muy pocas, cortas, creo que sólo las necesarias y aquí, creo que ya el sueño pierde una estructura narrable o transferible en palabras. ¿Cómo atrapar en palabras los suaves movimientos y hacer que los sentidos traduzcan su lenguaje secreto y encantador? ¡Ah! El sueño, sus formas, no me son menos misteriosas y sus manejos menos confusos que los del amor, del cual nace.

Al despertar (como al terminar un libro) sigue siendo duro aceptar que las palabras ordenan arbitrariamente la realidad, sin autorizarnos más que a la burda desmitificación interpretativa, un desciframiento ingenuo de sonidos y sentidos, con la profundidad, con la oscuridad del desengaño que nos deja al despertar.

III

HE CONTINUADO CON LA deconstrucción de mi sistema. Esto va más allá de la propia relectura. Se acerca también a la forma en que leo y asimilo cada fragmento de realidad o literatura que toca mis manos. Busco signos, rastros de esta

operación en los textos que releo. Esta noche he releído el inquietante texto *Puertas*. Silvia asume la reinterpretación del espacio —que en mí ha sido una tortuosa búsqueda circular y frenética— en función de posibilidades que se retuercen sobre sí mismas. Transforma sucesivamente su duda a través de las abiertas contradicciones del mundo y estas nuevas dudas a su vez se recogen en torno a la principal función de su lenguaje, la búsqueda de una literatura escapista y expresiva. ¿Verse por dentro, para significarse, para reconocerse símbolo? Me inquietan los textos de esta mujer, hay una interpretación incipiente del mundo que continuamente se aproxima a una verdad revelada, a una misteriosa fe. Hay cierta coherencia arriesgada entre sus textos y su actitud que bien podría ser un símbolo de la necesidad expresiva y discursiva que ha assolado sus días. Es novedosa para mí esta imagen, esta forma del mundo. En cierta manera, es un trabajo intensamente interno, íntimo. En los otros textos hay involucrada una intención expresiva hacia el resto de nosotros, pero en este, la lectura va hacia adentro, la interpretación es autónoma y como el cuarto de la imagen, cada frase busca ser una puerta hacia sí misma. Sorprendente revelación de esta noche: es un texto que trata de reflejar fielmente la motivación de su propia escritura. La primera vez que lo leí supuse que sólo se trataba de un ensayo, de un intento de definición de principios narrativos, o poéticos, una especie de *ars*, pero me he dado cuenta de que su significación es más precisa y delimitada. Es un texto simplemente recursivo, una interpretación textual de su proceso mental. Por eso la constante y asombrosa sensación de continuidad y sucesividad que trasluce a la primera ojeada:

«PUERTAS»
(SILVIA ÁLVAREZ, 1993)

Lo más gracioso es que, estando aquí en mi cuarto con sus adornos y sus cuatro paredes, no estoy. Y que, siendo lo que siempre he sido, no soy. Ni soy, ni estoy, ni quiero ser, ni estar, ni saber o intentar ver. Porque la verdad es que sí. Sí he intentado ver.

Ver la luz en las sombras del brillo de la oscuridad.

Verme por dentro. Encontrar mis límites; mis caminos; mis internas paredes mentales.

Pero ya sólo veo puertas.

Puertas que son ventanas; que son paredes; que son aguadas. Si te recargas, se abren. Entonces son puertas. Y no veo caminos; sino veredas. Veredas que no terminan sino dan la vuelta; y curvas. Curvas en espiral que van a dar a callejones sin salida. Y tampoco veo límites, sólo pequeños obstáculos; que son tropiezos; que son errores; que son enseñanzas; que son pendejadas.

Y, ¿cómo es posible que en vez de paredes vea puertas; y en vez de caminos vea callejones sin salida; y en vez de ver límites vea pendejadas? (Pregunta tal vez buena, sobre todo por la ausencia de respuesta).

Y lo más gracioso es que sin ser, ni estar, ni querer intentar, y, sobre todo, sin ver, pueda enredarme así. Y es que si algo fuera, sería cuerda y nudos; o polvo y viento; o sol y lluvia; o sal, o mar, o pez. Si algo fuera, sería yo en esta silla que no es;

en este cuarto que no está; con sus cuatro paredes...

...que en realidad son puras puertas.

Se trata de un pensamiento ordenada y coherentemente transcrito paralelamente a su propia gestación. Adivi-

nado el juego, no me sorprende que aún me atraiga tanto esta mujer: está hecha de una madera suave y olorosa, de un papel crudo y terso, la Palabra ha echado buenas raíces en su alma. Me doy cuenta de que en su lectura me ha guiado ante todo un interés crítico puro, lo cual no deja de ser una novedad en mí, lector hedonista y de gustos, de ganas. Hay un preproceso de angustia pero a la vez, un curioso sentimiento de experimentación con lo que hago. Tal vez de eso se trata este texto, del placer de jugar a hacerlo, a escribirlo, mientras sólo borroneo y fragmento aún más su esencia, su base. El proceso abarca también otros ámbitos. Por ejemplo, releo sus cartas y encuentro en ellas justificaciones perfectas, indefiniblemente perfectas para asumir la consecuencialidad de mi actitud, me identifico plenamente con su incendio, me fundo en sus frases cortas:

«...tengo tantas cosas pendientes, tantas cosas por vivir y aprender, tantas tareas que entregar para ayer, tantas cartas por hacer, y lo único en lo que pienso es en estar en tus brazos...» (21 de mayo).

Miro su rostro encajado en un portarretratos de metal. Miro su rostro y me cuesta separar la mirada de esos ojos que me buscan, que se quedan en los míos. La veo, y sólo pienso en quedarme con ella por siempre. La intuyo y me doy cuenta de que tengo un libro por hacer, una literatura por vivir. Que alguien me diga si ha vivido un día la sensación de que el tiempo se detiene, de que el mundo se difumina a su alrededor. Yo, que he tenido esa impresión dos veces seguidas en menos de una semana, ya no le temo. Este libro y esta mujer llena de olores y risas y lágrimas y ternas palabras de incendio me ahogan con su dureza y su ternura, una necesidad expresiva y sensitiva que aprendo a asumir con los argumentos más terribles y perfectos, los más hermosos, los más sabaneros y ruidosos, los de la calle de nadie, sin nombre, la del viajante nocturno, habitante

como yo de una madrugada infinita, de una tentación de exorcizar acontecimientos pasados o distorsionadas versiones de tales situaciones, o mil sueños e ideas inconclusas o intencionalmente truncadas, que más que expresión literaria o búsqueda estética terminan siendo un caos de palabras y confesiones, sin rastro alguno de aquel amor inspirador de las tenues tramas que han guiado nuestras razones y argumentos frente a nosotros mismos, frente al significado en estos espacios verbales tan íntimos. Surgen las negaciones mientras lo otro invade los cauces de la continuidad. ¿Por qué negarlo? Todo esto no es más que un largo monólogo que pretende —ilusamente— abarcar el universo. Mi sombra se estremece ante los nacientes signos de lo que será, en quien logre florecer, una sensible y dulce epifanía.

Podría seguir así: imaginando su pierna balanceándose en el costado de la cama, hecho que presentaría innumerables, infatigables, irrefutables excusas para su aletear en mi penumbra. Sin embargo, aunque asumiese sin temores tan comprometidos suplicios, delegar en otras formas la estereotipada y arquetípicamente mistificada faz de amanuense, la oscilación de su blancura proseguiría, incesante como el desvaído desfile de las estrellas. Abro la ventana, en su borde, el cristal y la madera modulan el empeño de su pierna en perdurar. Suspiro sucesiva y obcecadamente, esperando un modesto cambio de carácter y conducta que llene de su nombre, de sus verdades, a este texto nuevo de hoy doloroso de siempre: que me aguarda, sin bosques o penumbras, sabe y supone en mí su secreta, intensa, obnubilante inmanencia. Persigue dentro de los ojos la fugacidad rota de un desencuentro, sublime y planificado. Exquisito detalle de estrategia. Soberbia, hace rabiarse el mal enquistado desnombre que eres en el cuerpo, en los latidos. En su aún no escrito rostro estas palabras, gracias a ligeros y premeditados azares, invocarán otros sentidos al deseo, a la

sonrisa. Adivino entonces que su ansiedad por retenerme triste, difuminado por el humo de Dios, no proviene de las augurales fechas que recorre el dedo en el diario: es un odio visceral y ambiguo cuya impura tenacidad corresponde a las diminutas rozaduras que hacen que mi amor comulgue en sus espacios. Ese nombre, flotando entre las líneas y sangrías de su propia inaudita revelación, es el añoso espectro, la blanquecina virginidad donde confundo el verbo con la acción. Me gustaría oírle decir lo que un día fue una oración secreta: «Tourner la page es l'travail des innocents dieux de l'abîme». Y conocido el fuego infinito y proteico de su milagro enraizado, sueño descifrar sus íntimas oquedades, sin dejarme alcanzar, sin dejarme tocar. Mientras tanto, la página en blanco descansa frente a mí, límpida, insegura, inestable. Casi ajena.

IV

TENGO QUE ASIMILAR los conceptos básicos de este texto: su iniquidad verbal, la ubicuidad e imprecisión, los delezna- bles acechos, el dolor. Reconstruyo mi temple y obtengo buenos augurios. Me desgasto, me aturdo, me derramo. Pero sigo intentando, sigo perfeccionando este desastre. Analizando segmentadamente los esbozos de mi búsqueda, me despojo del miedo y me encierro en un sinfín de suposicio-

nes y desarraigos involuntarios. Laberinto y herida que soy. Desesperanza que soy.

Está amaneciendo. Llegar a casa a esta hora solía ser un buen signo. Incluso había un nombre para ello. Pero ya no lo recuerdo. Es duro olvidar todo ritual, toda fe. Como desorientarse y perder todo sentido de lugar, toda suposición de identidad. Es como dejar de ser una y otra vez hasta borrar las certezas. Todas las certezas que una vez se habitaron con fe ciega e ilimitada. Todas las razones que llenaron espacios. Todas las naderías inconstantes que ahora pierden el nombre y se entretejen sencillamente con palabras que no deberían decirse, en un momento que no debería ser. Hay frío. Pero este frío ya no designa una situación ambiental precisa. Es un estado interno, es un acto de contrición en ausencia de culpa que desnivela los ánimos y desvela las dudas. Tomo la cafetera y me sirvo con parsimonia el sin azúcar de cada día. Amanece lentamente, como cuando por dentro se te va creciendo la duda. Como cuando al caminar de regreso a casa percibes que en realidad esa calle no es tu calle, que esos pasos no son tus pasos, y que esta vida, en definitiva, hace años que dejó de ser tu vida para convertirse en una afantasmada representación. Sin lugar a dudas, un saltimbanqui de tu propia comedia, querido Hamlet.

Vuelvo a mí. Me descubro somnoliento asomado al quicio de una puerta donde jamás ha de tocar, en medio de la noche, esa mano pálida y de largos dedos. Donde sólo ha posado su aliento la inefable soledad que soy. Vuelvo a mí y recuerdo con inusitado detalle una tarde de octubre, que se fue hace varios años por esta misma puerta, con estos mismos pasos desandados, con esta misma mirada rota y vacía.

Aquí citaría una de sus mejores frases: «El resentimiento de salir a la calle sin poder dejar lo que se es bajo la almohada».

Cierro la puerta, como lo hizo ella ese día, como aún lo sigo haciendo como complemento a este atardecer inverso, que no es más que el amanecer de una noche larga y desorientada. Voy por la cámara. No me detendré a esperar que el día se me haga dentro de esta casa, que me amanezca la distancia como me amanece la soledad. Me espera una calle que ya he recorrido infinidad de veces y que sólo hoy empezará a recrear en imágenes y palabras, como ya lo he hecho bajo la forma —no menos pesados, no menos habitada de dolor— de mis innumerables pasos y recuerdos. Cierro la puerta y me asomo por la ventana. Hay un charco cristalino, sereno, afuera en el jardín, entre los rastros de hierba que dejó el verano. Parece un lago visto desde gran altura, o un espejo sucio de años, un residuo de tiempo (de ese tiempo que a veces identifico con el del sueño, tan inasible, lejano, difuso y sobre todo, tan amargo al recordar) que devuelve sus últimos destellos. ¿Qué estás haciendo?, me pregunto en silencio. Miro la ventana en el charco y mis rasgos apenas se dibujan entre los contrastados detalles del áspero suelo y las nubes, la pared musgosa y los recuerdos que soy. Veo esos fragmentos de mí mismo (una cabellera alborotada, una sonrisa hipócrita de miedo, manos huesudas apretándose en sudoroso fervor), una vez más me reinterpreto en la imagen de laberinto y herida que soy. Ahora sí que estoy verdaderamente despierto, ya puedo asimilarme plenamente al nuevo día, porque intuyo lo que soy, ya conozco mi destino. Hace muchos días que vienen corriendo extraños días. La convulsa resaca moral y física de la noche que aún no termina de dormirse en mis ojos me inflama. Empiezo a creer en mí mismo, pero es tanta la falsedad a mi alrededor... Las calles y el polvo atenazan pasos que no quiero y que se me obliga a andar. Pero no me son desconocidos.

Salgo. Me voy de calle. El tránsito a lo despacible de este pueblo comienza en mañanas como esta. Suelo cami-

nar inocente por las calles de una ciudad que me ha cobijado y flagelado alternativamente según los colores del atardecer, la frecuencia de la lluvia, el malhumor de sus aceras. La satanización de mis actos es el primer síntoma. Embalsamado el aliento, trasgredo las dudas en torno a estas palabras aún en ciernes. Soy benévolo al ausentarme del odio, porque cuando su aliento se hace mío y mis manos se lavan en su cristal, asumo aquellos tiempos como el espejo adecuado a mis ilustres y degeneradas miserias. Como el perfecto charco de mi jardín.

San Carlos es un lugar extraño. A medio camino entre un pueblo perdido en el polvo de la sabana y una ciudad que emerge de un río que la rodea en abrazo móvil e irreverente. Resulta fácil escribir sobre este sitio porque por todos lados lo cruzan innumerables fantasmas que desean ante todo ser trastocados en palabras y sueños, quizás como último exorcismo a su silencioso penar, a su errabundo discurrir. La primera vez que tomé conciencia de este lugar, supongo que tuvo algo de influencia aquel poema de Javier: «Soy de una ciudad asolada por lo antiguo». También, la siniestra costumbre de deambular de madrugada que Manuel instauró en nuestras cotidianidades como un ritual oscuro y mágico que nos devolvió, a Luis y a mí, la sensación de vivir en un lugar al cual pertenecíamos por mandato de las potencias infernales, por asimilación constante del ayer, cumpliendo una espera sentimentalmente espiritual en su ulterior intención, o por simple capricho genético. Ahora da igual. Lo cierto es que soy un sancarleño común, despiadadamente común.